

ferior 18 metros de longitud. Según puede observarse en el grabado correspondiente, la cabeza y la boca forman casi un triángulo. Desde el punto antes indicado se extiende en graciosas vueltas tan pronto al Este como al Norte y al Sur el gigantesco reptil, para terminar por último en la cola, que, como antes hemos dicho, está arrollada, y que se encuentra á 165 metros distante del murete en forma oval ya mencionado. Entre la cola y el murete hay un hondo precipicio. El cuerpo de la serpiente alcanza por término medio seis metros de grueso y de uno á uno y medio de altura, disminuyendo gradualmente hasta que el extremo de la cola no ofrece más que 75 y 50 centímetros. La importancia artística de esta obra no es menos notable que su tamaño colosal. Las varias vueltas que el repetido reptil describe le hacen presentar un aspecto casi natural. A la puesta del sol destácanse de tal modo sus brillantes reflejos y los tonos sombríos, que el efecto que causa en quien lo contempla es por demás sorprendente, pues parece que en verdad se desenrosca la serpiente inmensa y arrastrándose con lentitud por la colina hace presa con sus dientes en el montón de tierra, que parece próximo á desaparecer en sus enormes fauces



Jarrón de figura humana,
de un mound del Estado de Missouri,
Copiado del natural por R. Cronau

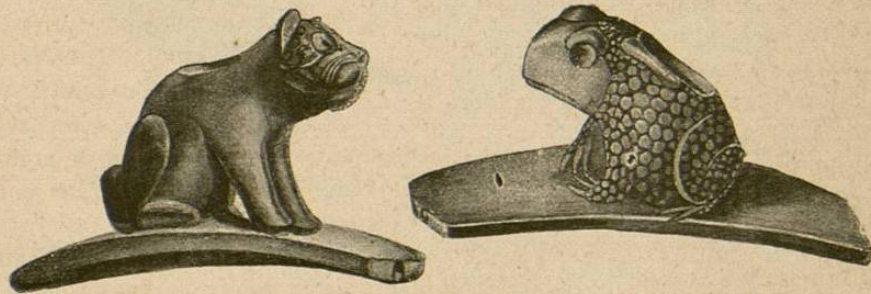
abiertas. Y mucho mayor aún es el efecto que produce á la luz de la luna, en esas horas de la noche en que la tranquilidad sólo es alterada por el ronco graznido de las invisibles aves nocturnas.

Cuando los dos sabios Squier y Davis llegaron, en 1846, á esta colina, todavía se hallaba toda ella cubierta por la vegetación de espeso bosque, y las antigüedades que en ella encontraron les eran tan en absoluto desconocidas que ni siquiera sospechaban su existencia. Desde entonces todo ha cambiado: parte del hermoso arbolado ha sido arrancado de raíz y el resto del bosque arrasado y tronchado por un violento ciclón hace trece ó catorce años. Posteriormente durante algunos el suelo fué objeto de cultivo, y poco faltó para que las antigüedades que inmediatamente

bajo la superficie y á mayor profundidad se encontraban, fueran en parte destruídas. Pero algunos anticuarios de Boston y de otras partes, los catedráticos de la universidad de Harvard y los directores del museo de Peabody tomaron verdadero interés por el *Serpent Mound* (mound de la Serpiente), trabajando con tal decisión que llegó á reunirse el capital necesario para la adquisición del terreno, el cual de antemano había sido destinado al museo de Peabody para su administración permanente. Cuantos trabajos se realizaron con tal objeto, obtuvieron el éxito más satisfactorio. Además se instó á la Asamblea del Estado del Ohio para que hiciese algo en favor de la adquisición y conservación de la citada colina, y al efecto la Cámara votó, en 27 de marzo de 1888, á ruegos de la *Sociedad Americana para la conservación de Antigüedades*, una ley según la cual los terrenos que contuvieran obras prehistóricas de tierra, y que hubiesen sido adquiridos con el objeto de conservarlas, quedaban no sólo libres del pago de toda contribución, sino también bajo la protección del Estado. Esta ley fué la primera en su clase promulgada en los Estados Unidos, tratándose en la



Vasija en forma de cabeza humana de un mound próximo á Pecan Point, Arkansas. Existente en el museo Nacional de Washington. Copiado del natural por R. Cronau

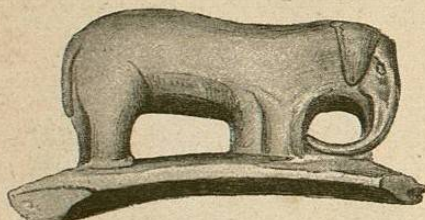


Dos pipas de arcilla, representando la una un gato montés y la otra una rana
Copias del natural por R. Cronau

actualidad de conseguir que los demás Estados dediquen interés preferente á la conservación de las antigüedades.

La significación que tienen los montecillos figurando animales nos es

todavía desconocida, ignorándose si representaban los escudos de algunos caciques, ó si sus constructores prestaban adoración á los animales, en particular á la serpiente. Pero esto no obstante, puede suponerse que las



Pipa de arcilla en forma de mastodonte

tales colinas jugaban papel muy importante en las creencias y costumbres de todos los pueblos aborígenas de América, pues el culto á la serpiente, juntamente con el del sol y otros, se extendía por todo el continente americano hasta el Perú. Para esta deducción tenemos datos sobrados, particularmente de los Estados del Sur y

Sudoeste de la Unión; y además sabemos que aún existía en tiempos no muy remotos en México, á la llegada al país de los conquistadores españoles, conservándose al presente entre los zuñíes y moquíes, y probablemente en algunas tribus de los pueblos indios de América.

De este modo se comprende que el motivo que obligaba á los constructores de los mounds á erigir tan gigantescas obras, era puramente religioso.

Del plano de las tan repetidas obras y fortificaciones de tierra, se deduce que sus autores estaban ya bastante adelantados en cultura, y esto lo prueban mayormente los numerosos objetos encontrados

en los mounds, entre los cuales ocupan lugar preferente las vasijas y otros objetos de arcilla, que demuestran el gusto artístico y elegante de sus fabricantes

y que por más que se distinguen unas de otras, según el lugar en que fueron halladas, en general todas revelan un alto grado de perfección. Para fabricar dichas vasijas y objetos se utilizaba una clase de arcilla que, según el sitio de que procedía, así era

rojiza ú obscura, ó bien amarillenta ó azulado cenicienta. Algunas veces se mezclaba la arcilla con yeso para obtener colores más claros, ó con arena, granillos de cuarzo ó pedacitos de concha, con el fin de dar al objeto mayor dureza.

Las formas que los constructores de mounds daban á las vasijas eran variadísimas, y además de los jarrones ordinarios, botellas, cazuelas y vasos, fabricaban otros cacharros imitando figuras humanas ó de animales, algunas veces de aspecto sumamente raro. Por eso es muy frecuente ha-



Pipa de arcilla en forma de pájaro

llar la figura de una mujer acurrucada con los brazos descansando sobre las rodillas: en este caso la boca ó abertura del cacharro hállase en la parte posterior de la cabeza. Y todavía es más raro otro cacharro de esta misma forma, en el que la boca se ensancha de un modo extraordinario, como acontece con el que el autor de esta obra extrajo de un mound del Estado de Missouri.

Además de las descritas, son de gran interés algunas vasijas figurando la cabeza humana, que por las líneas que se observan en el rostro se viene en conocimiento de que los constructores de los mounds acostumbraban á tatuarse la cara.

Las figuras de animales imitan toda clase de aves, en particular palomas, patos y mochuelos, y á veces ranas, tortugas y osos, algunas de ellas con gran naturalidad. Frecuentemente se



Pipas encontradas en Illinois

ven también imitaciones de frutas, como calabazas, peras, higos y otras, y todos estos objetos eran adornados con pinturas de toda clase de ornamentación. Los colores que más comúnmente se empleaban eran el negro, rojo, amarillo y blanco, aplicándolos después de cocidas las vasijas, por cuyo motivo se desprenden del cacharro con gran facilidad. Unos jarrones encontrados en Arkansas, y que están adornados con bien pintados huesos humanos, son sumamente curiosos.

A lo que dedicaban los constructores de las colinas mencionadas cuidado especial era á la confección de sus pipas, que no sólo fabricaban de arcilla, sino de cualesquiera otro material, como pizarra, mármol, cuarzo, esteatita, y hasta de duro pórfido. Algunas ofrecen formas muy primitivas y otras de animales, como castores, lobos, gatos salvajes, osos lavadores, aves, etc. Varios ejemplares de dichas pipas han dado motivo á discusiones científicas por representar elefantes, animales que, lo mismo que el mamut, hace miles de años que no existen en el continente americano. Estas pipas, como la obra de tierra de figura de mastodonte citada anteriormente, hacen suponer que los autores de los mounds vivían ya en aquellos remotos tiempos.

También se han encontrado algunos ejemplares de pipas que representaban cabezas y hasta figuras completas humanas. Uno de ellos, procedente de Connecticut, imita el busto de una mujer engalanado con toda suerte de alhajas; otro, de Missouri, el rostro, con barba, de un hombre;

otro, de Illinois, tiene labrada en un lado la cabeza de un ganso y en el otro una calavera humana; y por último, en otro ejemplar hallado en el mound City, de Illinois, se ve la cabeza de un hombre, cuyo rostro presenta señales de tatuaje, con un peinado tan raro que no hay medio de comprobar le haya usado en tiempo alguno, ni le use al presente, ningún pueblo conocido. Entre el pelo, que está perfectamente trenzado y puesto en derredor de la frente, se ve una fila de quince agujeros rellenos de perlas, la mayor parte de éstas destruídas por el fuego.

De gran interés son asimismo algunas esculturas encontradas en esta clase de colinas, cuyos dibujos, por lo general sencillos, pero muy exactos en sus proporciones, prueban que sus autores estaban ya bastante adelantados en cuestiones artísticas. De esta clase de esculturas se han conservado multitud de bonitas representaciones de figuras de animales. Lo más notable es que muchas de dichas figuras están hechas de un pórfido rojo tan duro, que la hoja de un cuchillo de acero, por muy bien templada que esté, se dobla en cuanto se pretende cortar semejante materia. En cuestión de alhajas se han encontrado pulseras y collares, pendientes, amuletos, etc. Las cuentas de cobre solían recubrirlas con plata, para lo cual forjaban ésta en laminillas sumamente delgadas. Por lo que se desprende de los objetos hallados en los mounds, se viene en conocimiento de que sus constructores usaban como armas, además de la flecha y la lanza, cuchillos y puñales de obsidiana, el hacha de combate, y, según todas las probabilidades, aquella terrible maza de madera con incrustaciones de obsidiana con que los mexicanos hicieron tan terribles destrozos en las gentes que mandaba Hernán Cortés.

Además, entre los objetos de piedra y de hueso se hallaron igualmente toda clase de adornos, armas y herramientas de cobre, tales como hachas, puntas de flecha y de lanza, escoplos, hojas de cuchillo, agujas y tijeras, y en un mound de las cercanías de San Luis hasta dos tortugas del referido metal, de cinco centímetros de longitud por dos y medio de altura, imitadas exactamente del natural. Estaban cuidadosamente envueltas en un trozo de tejido y cubiertas por una capa de huesos humanos. ¿De dónde se proporcionaban aquellas gentes el cobre? Esta pregunta, que ha ocupado por mucho tiempo al mundo científico, ha sido resuelta de una manera sorprendente, cuando en 1848 se descubrieron en la orilla meridional del lago Superior minas de cobre procedentes de la época prehistórica. En ellas se encontraron varias galerías de 10 metros de profundidad, en una de las cuales, cercana á la mina *Minnesota*, en Michigán, y debajo de una capa de moho y de madera podrida, se halló un bloque de cobre de seis toneladas de peso y de 1,50 metro de largo, colocado sobre una armazón de troncos de árboles, que como se comprende debió ser extraído

de la mina y colocado allí para su transporte. A su lado había un martillo de piedra de peso de 18 kilogramos y un escoplo de cobre que pesaba 12,50.

Los vestigios de esta clase de minas antiguas de cobre son numerosos en toda la península de Keewenaw, que se extiende á lo largo de aquel lago, como también en la muy distante isla Royal, en la que hay una galería que atraviesa una peña de tres metros de espesor. En todas estas galerías ó túneles se encontraron multitud de herramientas, como martillos de piedra, cuchillos de cobre, escaleras de madera y aparatos para la extracción de los bloques de metal. De lo que no se encuentran rastros en las cercanías de estos lugares mineros es de antiguas colonias; y como la distancia que media desde allí á Ohio es de unas mil millas inglesas, compréndese fácilmente el genio emprendedor que animaba á aquellas gentes.

Los pueblos constructores de los mounds no eran sólo mineros y agricultores, sí que también pueblos comerciantes. Si en favor de sus condiciones como agricultores hablan los grandes diques en filas paralelas-construídos sin duda alguna con el fin de proporcionar el riego necesario á sus fértiles tierras, en favor de sus condiciones para el comercio hablan también los objetos de obsidiana y de pizarra verde hallados en los mounds, y que por no encontrarse semejantes materias en aquellas regiones, han tenido que ser adquiridas por aquellos hombres por medio del cambio ó por las transacciones comerciales que existieran entre ellos y los de otras comarcas donde tales piedras se encontraran. Sus conocimientos náuticos están demostrados con decir que los mineros iban hasta la isla Royal, que se halla á muchas leguas distante de la orilla del turbulento lago Superior.

De todo punto indudable es que aquellos pueblos fundadores de los mounds poseían una regular cultura y se hallaban bastante adelantados en el conocimiento de muchas otras cosas; pero como carecían de toda clase de escritura, hasta de la jeroglífica, no poseemos noticia ninguna respecto de su descendencia, su historia y su religión, como tampoco de su forma de gobierno, su vida y sus costumbres. Sobre todos estos puntos no se tienen más que conjeturas é hipótesis y la esperanza de que en lo porvenir nuevas investigaciones logren arrancar el secreto en que está envuelta la existencia de tales pueblos prehistóricos. La opinión hasta hoy más generalizada es la de que los constructores de los mounds habían constituído una sola nación completamente aislada del resto del mundo, y justamente esa opinión es la que ha dado lugar á las más aventuradas hipótesis respecto del origen y desaparición de esa nación misteriosa, hipótesis de las que no queremos ocuparnos más detenidamente en este lugar.

Los modernos sabios se inclinan á creer que los mounds-builders fueron los antepasados de los indios actuales, y que, como éstos, se dividían en varios pueblos y tribus que, al emparentar entre sí, constituyeron una gran unidad, á la manera de la que formaban en la época del descubrimiento de América las tribus de los grandes lagos canadienses, los hurones, wyandotes, tuscaroras y otros pueblos, con la grande y poderosa tribu de los iroqueses. Las tradiciones conservadas hasta el presente por los pueblos indios confirman que dicha gran unidad existía ya en tiempos remotísimos entre los pueblos que habitaban entonces la cuenca del Mississippi y el valle del Ohio; y los indios wyandotes, á principios del presente siglo, refirieron al viajero Calhoun que las antiquísimas fortificaciones del valle del Ohio fueron construídas hace muchísimos años en el transcurso de una larga guerra habida entre sus antepasados y los cheroqueses, y en la cual guerra los últimos habían sufrido una derrota completa, hasta el extremo de haber sido exterminados por los primeros. Los iroqueses, á cuya confederación pertenecían los wyandotes, conservaban idénticas tradiciones, y referían que en los tiempos antiguos las regiones situadas al Sur de los grandes lagos estaban pobladas por numerosos pueblos, á los que pertenecían razas de hombres muy trabajadores y valientes, que habían ido desapareciendo en las varias guerras que con los iroqueses sostuvieron.

Respecto del mismo asunto, son de bastante valor histórico las noticias que Cusik (indio de pura sangre procedente de la tribu de los tuscaroras, de la confederación iroquesa) publicó en 1825 en Léwiston, en su libro *Historia de los indios*.

El tal indio cuenta que en remotos tiempos los pueblos de la unión iroquesa enviaron hacia el Sur una embajada al Gran Rey, que residía en la Ciudad del Oro (*Goldencity*), capital de su inmenso imperio. Este rey, algún tiempo después, construyó muchas fortalezas en sus extensos territorios, avanzando casi hasta el lago Erie. Semejante avance y las dichas fortificaciones fueron causa de grande alarma entre los pueblos del Norte, que temían verse de pronto invadidos por el ejército real y despojados de su territorio. Pero antes que esto sucediera resolvieron aperebirse á la defensa, y con tal motivo estalló una guerra sangrienta cuya duración se prolongó por espacio de unos cien años.

Los pueblos del Norte estaban sumamente instruídos y por lo tanto eran maestros en el manejo del arco y además soportaban con gran facilidad toda clase de fatigas, condiciones ambas que causaron la ruina de los pueblos del Sur, sobre los que aquéllos consiguieron una total victoria, exterminándolos y convirtiendo sus fortalezas y ciudades en un montón de escombros.

Los lenni-lenapes y los delawares conservaban asimismo una tradición según la cual se habían unido con sus tíos, los hurones-iroqueses, pasando en unión de ellos el Gran Agua (probablemente el río San Lorenzo), y en una larga guerra habían batido á los alleghewies, obligándoles á huir hacia la parte del Bajo Mississippi, y esto conseguido repartiéronse entre ellos y los iroqueses el país conquistado, ocupando los lenapes la parte Sur y ellos el territorio Norte.

Squier refiere esta tradición más minuciosamente, y al efecto dice que los lenapes habían salido de Shinapis (País de los Pinos), que era su patria, situado muy al Norte. Sus confederados eran los talamatán (los que no son de nuestra tribu) y los hurón-iroqueses; juntos pasaron el río Mississippi (el río Grande), cuya orilla opuesta habitaban los tallegwies. Acerca del comienzo y conclusión de aquella guerra, dice la tradición lo siguiente:

«Algunos de nuestros ejércitos se corrieron hacia el Sur y parte de sus individuos fueron muertos por los tallegwies; y entonces todos los demás gritaron á una voz: ¡Guerra! ¡guerra!

»Los talamatás y los nitilowanes (el pueblo unido del Norte) marchan á la guerra juntos.

»Kinnepehend (el de la vista perspicaz) era el jefe, y ellos pasaron el río, cogieron todo lo que allí había y derrotaron á los tallegwies.

»Pimokhasuwi (el vagabundo) era el segundo jefe, pero allí contaban con demasiadas fuerzas los tallegwies.

»Tenchekensit (el sendero abierto) seguía, y muchas ciudades se le entregaron.

»Paganchihilla era cacique, y todos los tallegwies huyeron hacia el Sur.

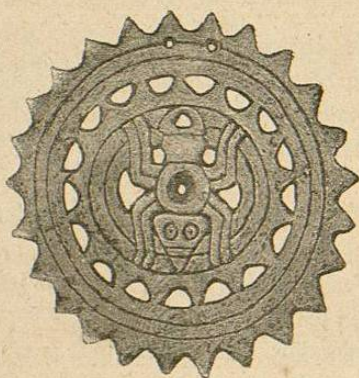
»Al Mediodía de los lagos encendieron los legapies los fuegos del Consejo, y el Norte de los lagos fué ocupado por sus aliados los talamatán.»

De toda esta relación resulta que la guerra de los lapies é iroqueses unidos fué de larga duración y que se prolongó durante el gobierno de cuatro caciques, el último de los cuales consiguió vencer por completo á los tallegwies.

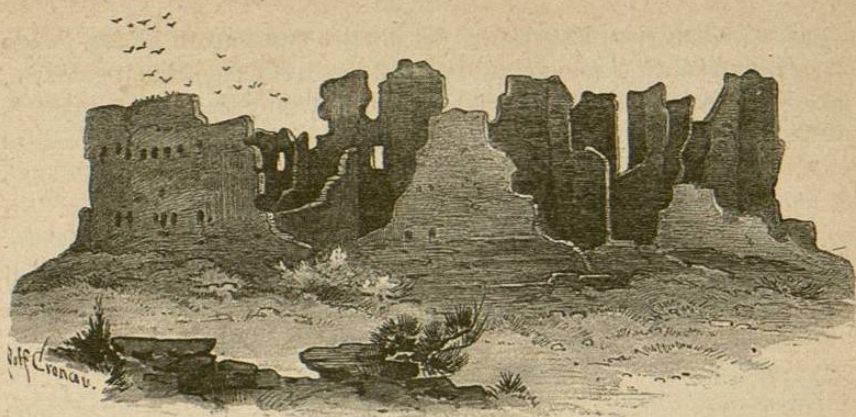
Por consiguiente, estos últimos habitaban los países situados al Sur del río Alleghany y las faldas de las montañas del mismo nombre, el cual nombre es como un lejano recuerdo del de aquel pueblo. Los vencedores, según la tradición, se retiraron al Sur, y es creencia entre los cheroqueses que los pueblos del Oeste y del Sur, por intervención de los primeros, constituyeron una liga pacífica con los iroqueses.

Así, pues, es indudable que los *moundbuilders* ó alleghewies desapare-

cieron en el transcurso del tiempo confundiéndose con las tribus sus amigas del Sur, entre las cuales, según se verá más adelante, hallaron los conquistadores españoles gran semejanza con lo que acerca de los constructores de las colinas hemos consignado.



Aderezo de concha encontrado en Tennessee, en el que hay grabada la figura de una araña



Ruinas de Pueblo Pintado, (dibujo original de R. Cronau)

LOS CLIFF DWELLERS (CASAS DE PEÑASCOS) Y LOS INDIOS DE PUEBLO PINTADO

De la misma manera que Europa ha tenido sus emigraciones, así también América ha sido teatro de grandísimos movimientos de población. Si los moundbuilders fueron naciones ó pueblos con residencia fija dedicados á las faenas agrícolas, también existían otras muchas tribus que vivían de la caza, y que, en persecución continua de los animales salvajes, hoy levantaban sus tiendas de campaña de un punto para mañana fijarlas á muchas leguas de distancia. Los encuentros con otras tribus sedentarias eran bastante frecuentes, porque los nómadas y cazadores errantes han sido siempre también grandes bandoleros y ladrones. Por estas invasiones de pueblos vecinos hostiles, hanse visto obligados hasta los pueblos más civilizados á tomar serias precauciones para su propia seguridad y la de sus colonias. Con este objeto, aquellos pueblos primitivos no sólo se unían con los que eran sus amigos, sino que edificaban casas fuertes de piedra y hasta verdaderas fortificaciones.

A esta causa son debidas las grandiosas ruinas de pueblos fortificados encontradas en las regiones del Oeste de La Unión, en Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona, donde no solamente se descubrieron restos de colonias en verdadero estado de defensa para la guerra, sí que hasta ciudades completas arruinadas, como también algunos edificios tan gigantescos que su circunferencia y extensión dejan atrás á todas las modernas edificaciones del antiguo Continente, aun cuando se escoja entre las de proporciones mayores. Y lo más notable es que todos esos pueblos